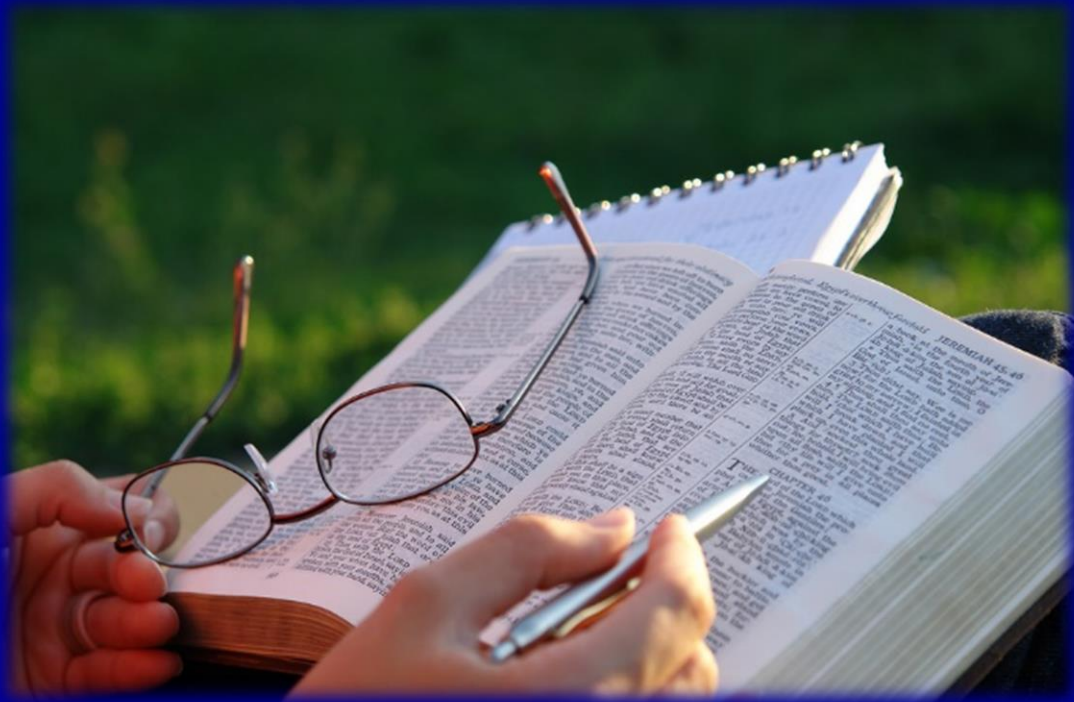


Fundamentos de la Educación Cristiana



Segunda unidad Lección 5

Seminario Latinoamericano de Formación Ministerial
SLFM

Derechos Reservados 2024

Compilador
William Castaño Barón

Biblioteca
Seminario Latinoamericano de Formación Ministerial

Colección Serie: Formación ministerial

Título: *Fundamentos de la Educación Cristiana.*

ISBN: 978-958-8338-91-8
Fundación Ministerios de Enseñanza
Bíblica.
Nit: 900383317-7

Comité Académico

William Castaño Barón
Lady Gallego Aguirre
Jorge Rendón

Comité Editorial

Director de la Biblioteca: William Castaño Barón
Director de la serie: William Castaño Barón
Administradora: Lady Gallego Aguirre
Diseño de carátula: Jorge Rendón

Cali. Colombia:
Ministerios de Enseñanza Bíblica. Tel. 3005215708

Este libro no podrá ser reproducido en todo o en parte, por ningún medio impreso o de reproducción sin permiso escrito del titular del Copyright.

Visite: www.semilatinoministerial.lat

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Lección 5

UN MAESTRO GUÍA LAS ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

¿Qué se supone que deben hacer los maestros? Hemos ofrecido dos respuestas a esta pregunta hasta ahora:

(1) Se supone que los maestros deben crear un ambiente de aprendizaje;

(2) Se supone que los maestros deben planear y preparar las actividades de aprendizaje. Ahora vamos a una tercera respuesta (probablemente la más visible); la función del maestro es guiar las reuniones de la clase.

Cuando usted guía una reunión de estudio bíblico, siempre debe mantener en mente los tres propósitos mayores: Primero, ayudar a los alumnos a desear aprender. Segundo, guiarlos en las actividades de aprendizaje. Tercero, ayudarlos a conocer cuánto han aprendido. La primera de estas funciones la llamamos “motivar”, la segunda, “conducir” y la tercera, “evaluar”.

Motivar a los alumnos. He visto cierta clase de milagros en varias ocasiones. Imagínese a un grupo de personas sentadas en un cuarto, sin poner a trabajar sus motores mentales, sin interés en nada particular. Solamente charlando. De repente, entra al cuarto un entusiasta maestro y en unos pocos minutos, el grupo está viviendo una actividad de aprendizaje: plantea problemas, hace preguntas, intercambia comentarios, argumenta sobre un punto aquí, otro allá, busca información: todo esto, impulsado por el entusiasmo generado por el maestro. Este es un cuadro de la motivación para el aprendizaje.

Pero ¿dónde se consigue? ¿Cómo puedo yo manufacturarla? La motivación es fácil de reconocer, pero muy difícil de producir.

Por esto es que los maestros que participan en las conferencias de enseñanza bíblica, con frecuencia preguntan: “¿Cómo puedo yo hacer para que mis alumnos tomen parte en la lección?”

Siendo honesto, el arte de motivar a los alumnos es un proceso complicado. No es algo que se puede aprender en tres pasos fáciles. Se relaciona, en parte, con la personalidad del maestro. Pero no se desanime. Usted no tiene que entrar a su clase brincando como un payaso para hacer una motivación efectiva. Hace unos meses asistí a una reunión de profesionales en un gran hotel. El salón al lado del nuestro en el que se estaba desarrollando un “seminario de motivación” para personal de ventas de alguna compañía, estaba empapelado con frases como estas: “Piense en el éxito” y “Usted puede hacerlo si usted piensa que puede.”

En la puerta de entrada tenían la fotografía gigante del líder del seminario y al pie de la fotografía un rótulo con letras de cuatro pulgadas decía: “NUESTRA BOLA DE FUEGO.” Algunas veces sus vítores y cantos fueron tan estridentes que podíamos escucharlos. Créanme, amigos, que definitivamente no es esto lo que yo tengo en mente cuando hablo de motivar a los alumnos.

Sin duda, esto ayuda a estar fascinado, enérgico y simpático. Pero el genuino interés humano, la cordialidad y amistad sinceras, están lejos de estos atributos. En mi propia peregrinación educacional, nada incrementó mi deseo de aprender tanto como aquellos maestros que realmente tuvieron interés en lo que estuve haciendo. Y sospecho que usted habrá encontrado lo mismo en su experiencia.

Su entusiasmo personal por los contenidos de la lección también tendrá una fuerte influencia sobre el nivel de motivación en las personas que usted enseña. Si usted trata de enseñar sin haber tenido un vivo interés en la lección no puede esperar que los miembros de su clase demuestren mucho entusiasmo por ella. El entusiasmo, tanto como la pereza, son contagiosos. Por veintiocho

años he recordado lo que mis profesores de inglés dijeron cuando nos asignaban la tarea de redactar una composición sobre un tema. Uno de ellos decía dulcemente: “No deben decirse a ustedes mismos: ‘Tengo que escribir mi tarea.’ Primero escojan el asunto, luego lean sobre el asunto hasta que capturen su interés, y entonces podrán decir: ‘Tengo una tarea que escribir.’”

Aquel fue un excelente consejo, no solamente para los estudiantes de inglés, sino también para los maestros de la Biblia que se encuentran diciéndose a sí mismos, a veces: “Pobre de mí, tengo que enseñar la lección otra vez.”

Unas de las más poderosas maneras de motivar a los alumnos es convencerlos de que la lección está dirigida a ellos personalmente. Con mucha frecuencia la gente estudia la Biblia como si fuera un artefacto bajo una urna de cristal en un museo: un libro antiguo que trata de personas de tiempos de la antigüedad.

Nuestra tarea como maestros de la Biblia no es la de hacer el mensaje relevante. Ya es relevante y también pertinente. Nuestra tarea es ayudar a la gente del siglo XX a descubrir en el Antiguo Texto el mensaje: “Porque la Palabra de Dios vive y tiene poder. Es más aguda que cualquier espada de dos filos, y penetra hasta lo más profundo del alma y del Espíritu, hasta lo más íntimo de la persona; y pone en claro los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12 V. P.).

Por ejemplo, hoy día hay muchos discípulos dispuestos a contemplar 1 Corintios 13 como si fuera una joya, hablan de él como “el gran capítulo del amor”. Es fácil estar de acuerdo con el apóstol Pablo en que “el amor tiene paciencia; es bondadoso;... no es... orgulloso. No es grosero ni egoísta; no se enoja ni es rencoroso”. Pero cuando en el contexto del estudio de la Biblia, somos compelidos a usar el criterio bíblico como el metro para medir nuestras propias vidas (“¿Soy paciente con mis empleados?” “¿Soy egoísta en mi hogar, en la iglesia?” “¿Me irrito con mis hijos adolescentes, con mis padres, con mi

esposo o esposa?), el potencial para el aprendizaje significativo se incrementa substancialmente. Guiar el estudio de la Biblia de esta manera no es siempre fácil; pero, sin duda, no produce el sueño a nadie.

El psicólogo Jerónimo Bruner, un experto en la teoría de la enseñanza, ha dicho que los maestros deberán estar interesados en tres aspectos de la motivación para la enseñanza. El maestro debe:

Adoptar “una conducta de aprendizaje”,
cultivarla y
canalizarla en la dirección correcta.

Por “una conducta de aprendizaje” Bruner indica toda clase de actividades que guían al aprendizaje, como cuestionar, discutir ideas, razonar o buscar información. La gente no siempre viene a la clase para sumergirse en las actividades. Usted sabe esto por experiencia. Usted ha visto que las personas vienen a la clase con otras cosas en la mente, charlando sobre esto o aquello. Una de las responsabilidades del maestro, en cada reunión de clase, es venir con algún plan para interesar a los alumnos e involucrarlos en el proceso de aprendizaje.

El segundo punto que menciona Bruner es importante también. Todos nosotros hemos visto una reunión de estudio que se estanca a medio camino después de haber principiado bien. De hecho, sabemos que es difícil mantener el interés del grupo después de treinta minutos de estudiar, tanto como obtener la atención al principiar la clase, porque las personas principian a cansarse física y mentalmente después de estar sentadas por tanto tiempo. Esta es una de las mejores razones que conozco para usar más de una clase de actividad durante un período de clase. Un cambio ocasional —de una conferencia a una actividad en grupos— ayuda a mantener el interés.

Cuando pienso en el tercer punto de Bruner, acerca de canalizar la conducta de aprendizaje en la dirección correcta, recuerdo algunos desvíos que he presenciado en salones de clase. No había nada malo en el nivel de interés en esas ocasiones. Los estudiantes hacían preguntas, argumentaban, presentaban evidencias, y las ideas circulaban adecuadamente durante todo el período – pero no tenía un propósito útil. Cuando esto ocurre, nadie se da cuenta que han estado dando vueltas. Esa no es la mejor manera de usar la energía mental de los alumnos.

Una parte del trabajo del maestro es impulsar a sus alumnos a usar su energía para lograr un objetivo valioso y correcto. Esto está directamente relacionado con la tarea de guiar las actividades de aprendizaje que discutiremos más adelante. Antes de que vayamos a esto, permítame presentarle un laboratorio experimental que le ayudará a pensar más acerca de la motivación para el aprendizaje.

LABORATORIO EXPERIMENTAL NO. 6

Piense en una de las mejores experiencias de aprendizaje que usted ha tenido en el pasado. La encontrará interesante, y quizá hasta emocionante. La gozó mucho porque nadie le presionó para que aprendiera. Usted aprendió porque deseaba aprender; y lo que aprendió le dio un verdadero sentido de satisfacción.

No se limite a pensar en una sola clase de experiencia de aprendizaje. Esta puede haber sido en un curso formal o en una situación informal. Quizá tenía un maestro, o puede ser que la aprendió por usted mismo.

Tome algunos minutos para recordar esa experiencia de aprendizaje; luego procure responder a las siguientes preguntas:

¿Qué aprendió?

¿Cómo lo aprendió?

¿Por qué deseaba aprenderlo?

¿Qué mantuvo su interés en la tarea de aprenderlo?

Finalmente piense un poco en estas preguntas y sus respuestas en relación con su trabajo como maestro. ¿Cómo puede usted ayudar a sus alumnos a obtener mayor satisfacción de sus experiencias de estudio de la Biblia?

Guiar las actividades de aprendizaje. ¿Recuerda aquella reunión entre Felipe y el alto oficial de Etiopía en el camino de Jerusalén a Gaza? (Hechos 8:26 y siguientes). Felipe encontró al hombre que iba en su carro leyendo de la profecía de Isaías y le preguntó: “¿Entiendes lo que lees?” El etíope, evidentemente en duda acerca del significado del pasaje, contestó: “¿Como lo voy a entender si no hay quién me lo explique?”

Si existió alguna vez un claro llamado a ser maestro de la Biblia, lo encontramos incuestionablemente en la pregunta de etíope. En centenares de maneras diferentes se escucha hoy el mismo llamado de personas que, inesperadamente visitan su clase bíblica de jóvenes que podrían morir pronto y admiten que dudan profundamente de si

el mal no se ha apoderado de sus mentes, y de aquellos que vienen a su clase regularmente y dicen con su presencia: “¿Como lo voy a entender si no hay quien me lo explique?”

¿Cómo provee dirección un maestro? En muchas maneras. Imagine a un maestro sentado entre un círculo de jóvenes adultos orientándolos por medio de preguntas cuidadosamente elaboradas. Vea a un líder enseñando inclinado sobre una mesa en donde un conjunto de jóvenes trabaja unido en un proyecto de estudio. Visualice una clase de varones examinando las complejidades de un caso de estudio mientras su maestro escribe sus comentarios en una pizarra o a una maestra de damas distribuyendo lápices y copias de un cuestionario.

Estos describen a maestros que guían actividades de aprendizaje. Son solamente algunos ejemplos representativos escogidos de entre un gran número de posibilidades que vienen a enriquecer el asunto abordado en el primer capítulo, a saber, que guiar una clase de estudio bíblico es algo más que presentar información.

No hay mejor ejemplo de este punto que las enseñanzas de Jesús. Los Evangelios nos relatan con abundante descripción a varias actividades usadas por el Maestro de maestros para guiar a sus alumnos al descubrimiento de la verdad.

El usó frecuentemente preguntas. ¿Ha observado cómo Jesús rehusó responder directamente a las preguntas que le formulaban las personas? Prefirió, muchas veces, reformular otra pregunta. Por ejemplo, cuando cierto hombre preguntó: “¿Está bien pagar impuestos al emperador romano, o no ¿Pagaremos o no pagaremos?” (Marcos 12:14 V. P.). Jesús pidió una moneda para verla, cuando se la llevaron les dijo: “¿De quién son esta cara y este nombre que está escrito?” (V. 16). Cuando un maestro de la ley le preguntó: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?” Jesús le contestó con esta pregunta: “¿Qué es lo que está escrito en la ley?” (Lucas 10:25, 26 V.P.).

También fue muy común que el Maestro concluyera una parábola con una penetrante pregunta como esta: “¿Cuál de esos tres te parece que fue el prójimo del hombre que fue asaltado por los ladrones? (Lucas 10:36 V. P.).

Las parábolas desempeñan un papel muy significativo en las enseñanzas de Jesús. Ellas nos proveen una perspectiva importante del método de enseñanza de Jesús. En cada caso, cuando Jesús dijo una parábola, él pudo haber simplemente “impartido” la verdad que deseaba enseñar. ¿Por qué no lo hizo así? Siendo tan difícil decir una parábola, ¿por qué no simplemente declaró los principios que deseaba comunicar? En lugar de relatar la historia del buen samaritano, ¿por qué no se limitó a decir: “toda persona es tu vecino”? En lugar de decir una historia acerca de un hombre rico muy avaro, ¿por qué no solamente dijo: “Cualquier persona que está obsesionada por las riquezas de la tierra y se olvida de Dios es un avaro”?

Jesús mismo dio una explicación teológica de su uso de las parábolas (Mateo 13:10-17). Sin embargo, a la luz de su penetración maravillosa sobre el ejercicio mental, ¿no había también una razón psicológica? Una verdad declarada en forma de una proposición puede fácilmente ser olvidada por los oyentes, pero una verdad ilustrada por una historia en la cual los oyentes deben extraer la verdad por sí mismos, es mucho más fácil que sea ubicada en la mente.

Aún hay muchísimo más que debe ser dicho acerca de los métodos de enseñanza de Jesús. Se han escrito volúmenes completos sobre el asunto, pero ese no es nuestro propósito por ahora. El punto es que hay varias formas de guiar a los alumnos en su obtención de conocimientos, y que las enseñanzas de Jesús son una excelente ilustración de esta verdad.

No deseamos examinar aquí tipos específicos de actividades de enseñanza- aprendizaje. Lo haremos más adelante en los capítulos 6 y 8. Por ahora permítame sugerir tres métodos empíricos a tener en mente cuando guíe una reunión de la clase. Cada uno de estos

principios ayuda a que el maestro se mantenga en el centro de los extremos peligrosos.

Proveer liderazgo positivo sin dominar la clase.

Conceder el tiempo adecuado para el aprendizaje sin permitir que la reunión sea interminable.

Desafiar a los alumnos sin manipularlos.

El primer principio tiene que ver con el estilo de liderazgo del maestro. A un extremo, existen los maestros autoritarios, tipo sargentos que llaman a todos a gritos. Desaprueban las preguntas no pedidas de los miembros, desaniman todo punto de vista divergente y se pegan al plan de la lección más rígidamente que un astronauta siguiendo la cuenta regresiva antes del lanzamiento. Al otro extremo están los maestros que no interfieren, no desean mover un dedo para dar dirección a la reunión de la clase aun cuando ésta se desintegra en el caos. Se han hecho al hábito de sentarse y sonreír dulcemente mientras la discusión oscila para cualquier parte de donde sopla el viento.

Un maestro debe proveer algo de dirección y dar estructura y propósito a la reunión de la clase. La mejor herramienta para hacerlo es un buen plan de la lección construido alrededor de metas concretas. Sin embargo, un plan de la lección es solamente una herramienta no el producto terminado. El producto ya acabado es lo que en la reunión de estudio debe ser enseñado. Si el plan de la lección debe variar mientras ocurre el aprendizaje, el maestro debe estar preparado para modificarlo.

En una clase de estudio bíblico las señoras estaban estudiando Mateo 27, el cual relata el juicio de Jesús ante Pilato y su crucifixión. Los versículos 3 al 10 se refieren a la muerte de Judas Iscariote, diciendo que “fue y se ahorcó”.

Cuando la maestra mencionó las circunstancias de la muerte de Judas, una mujer joven comenzó a llorar. Cuando la dama se calmó dijo que le había deprimido el recordar que una hermana suya se había suicidado y se le creó un problema al creer que el suicidio es “un pecado imperdonable”. Todo el resto del período de clase fue dedicado a ayudar a esta joven señora en su necesidad; y en el proceso, todos aprendieron cosas que no habían sido anticipadas en el plan de la lección del maestro. Afortunadamente, el maestro fue sensible y supo reconocer “un momento no programado de enseñanza”.

El segundo principio tiene que ver con el uso que el maestro hace del tiempo en el salón de clase. Y otra vez, es importante mantener un buen balance. De un lado, la reunión no debe ser interminable; ya que es un camino seguro hacia el fastidio. El maestro debe estar preparado para rescatar la discusión de la clase cuando ésta principia a considerar asuntos triviales. Del otro lado, el timbre para avisar que el tiempo de concluir ha llegado, no debe llegar a ser una obsesión tal, que los miembros no tengan la oportunidad de pensar, hablar y reflexionar sobre el tema.

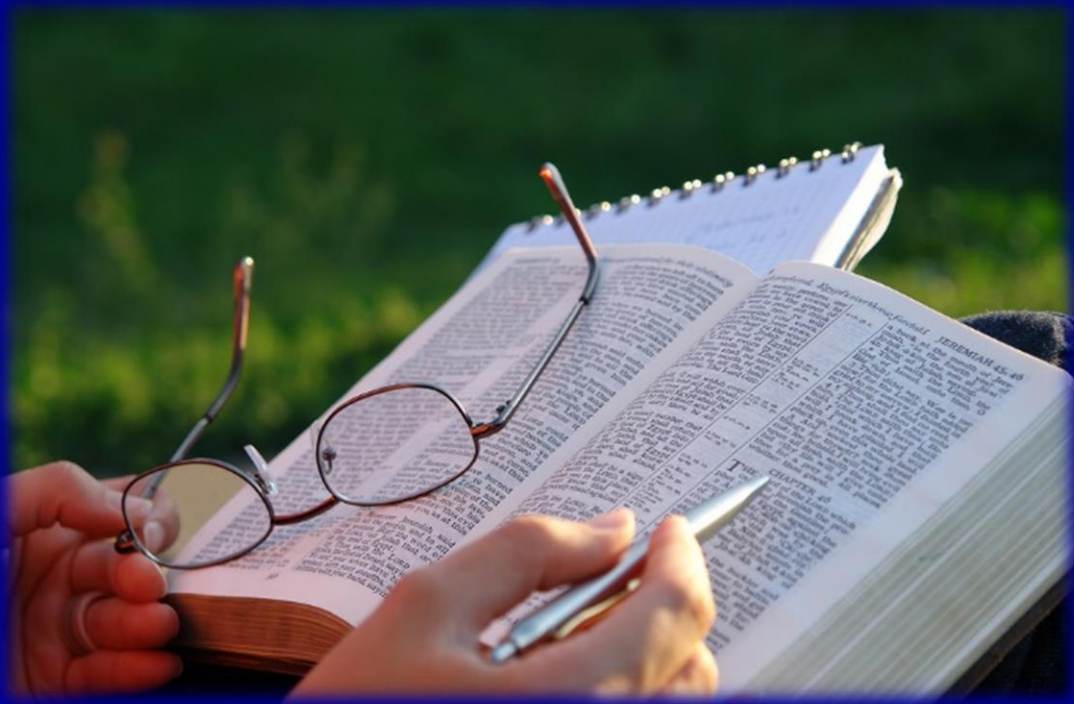
Una de las lecciones más difíciles de aprender por los maestros es que toma unos momentos el procesar el contenido de una pregunta antes de contestarla. Cuando usted hace una pregunta como esta: “¿Qué nos dice el capítulo 11 de Oseas acerca de la naturaleza de Dios?” No puede esperar que sus alumnos término medio respondan inteligentemente en los siguientes cinco segundos. Sin embargo, muchos maestros que hacen una pregunta como ésta, después de una pausa lo suficientemente larga para respirar, se lanzan a dar ellos mismos la respuesta. Tarde o temprano, las personas en ese tipo de clases aprenden que no se espera que ellas realmente piensen.

Los maestros que desean desesperadamente “cubrir el material de la lección” antes de que el período de clase termine, comunican su impaciencia en muchas maneras. Algunos miran su reloj cuando una

persona está diciendo algo; golpean insistentemente sus notas u hojean sus Biblias mientras otros están tratando de hablar. Otros, tratan el comentario de uno de los miembros como una interrupción y responden con impaciencia: “Sí, pero yo estoy diciendo esto, aquello y lo otro.”

Algunas veces los estudiantes fallan en responder a las preguntas de sus maestros simplemente porque no les dan el debido tiempo para pensar sobre el asunto. Los maestros deben obligarse a sí mismos a pausar después de hacer la pregunta. ¿Cuánto tiempo? Los educadores profesionales sugieren que conviene pausar treinta segundos. Esto suena muy sencillo. Pero como lo demuestra el siguiente laboratorio experimental, realmente no es tan fácil.

Fundamentos de la Educación Cristiana



Seminario Latinoamericano de Formación Ministerial
SLFM

Derechos Reservados 2024